

LOS HERMANOS ESTANCIEROS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS Y SU ACTUACIÓN EN LA ANTIGUA PROVINCIA DEL PARAGUAY

CARLOS A. PAGE

En las casas de campo, de ordinario viven, a los menos dos de los nuestros, un sacerdote para el servicio religioso, y un Hermano coadjutor para la administración de la estancia.

Carta Anua 1750-1756

LOS PADRES ESTANCIEROS

En las Cartas Anuas, que los provinciales remitían periódicamente al general de la Compañía de Jesús, encontramos los más remotos testimonios referidos a la adquisición de estancias destinadas a solventar los gastos de los primeros emprendimientos de los jesuitas en la provincia del Paraguay. En la tercera de ellas, firmada por el padre Diego de Torres el 23 de diciembre de 1610, se comenta que había persuadido al padre rector del recientemente creado Colegio Máximo para formar una estancia de ganado¹. Unos años después, en 1618, su sucesor, Pedro de Oñate, hace referencia a que el sacerdote secular Alejandro Osma había donado su hacienda para la fundación del colegio de Salta². También y en esta misma Anua, se refiere a la adquisición de una estancia en Santa Fe con tres mil cabezas de ganado. Lo propio sucedía en Mendoza, donde doña Inés de Carvajal aportó con su esposo el solar para la iglesia y el colegio, además de una estancia y unas chacras³. En Santiago del Estero, adquirieron la hacienda de Quimilpa, donada

¹ Carlos LEONHARDT, S. J., "Documentos para la historia Argentina. Tomo XIX Iglesia. Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay, Chile y Tucumán de la Compañía de Jesús (1609-1614)", Tomo XX, Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1927, p. 93.

² Ídem, *ibídem*, p. 121.

³ Ídem, *ibídem*, p. 161.

por el obispo Trejo; en Tucumán, una buena estancia de yeguas⁴; en Buenos Aires, una estancia de ganado mayor y menor para sustento del colegio⁵; en Asunción, obtuvieron primero una chacra y luego la famosa estancia de Paraguari. También y cercana a esta última, en la zona del Guayra, los padres entablaron en 1613 una estancia con “un rebaño de ganado vacuno, la plantación de una viña, y otra de caña de azúcar, la cual se beneficiaba por medio de un trapiche”⁶. En principio, las estancias de los indios fueron comunes para el usufructo de todos los pueblos, hasta que cada uno tuvo la suya.

Así van apareciendo los primeros núcleos rurales, empresas que son, en cierta forma, promovidas desde las mismas *Constituciones de la Compañía de Jesús* del siglo XVI y desde el resto del planeamiento organizativo de la orden, concluido alrededor del 1600 bajo el generalato de Claudio Aquaviva. Se señala que cada colegio, además de contar con un monto establecido para su fundación, debe estar preparado para afrontar sus futuras necesidades y tener un administrador de sus bienes. A este funcionario se lo llamó Procurador, que, etimológicamente, significa: ‘el que provee o cuida a otro, es decir, un ecónomo o gerente de negocios’. El procurador tenía que proveer al colegio de mercaderías temporales y ocuparse de recibir ingresos en dinero y artículos.

Había procuradores para cada casa y cada colegio, para las estancias, para los bienes comunes de la provincia y para los intercambios necesarios con Europa. El que se ocupaba de eso cumplía la doble función de reclutar misioneros para su provincia. Pero los que más contribuyeron para el adelanto material fueron los procuradores de puerto y los procuradores de estancias. Los primeros se ubicaron al principio en Santa Fe y luego en Buenos Aires; eran los llamados procuradores de misiones, a los que se refiere Pablo Hernández, S. J., cuando escribe:

Al principio toda la yerba tenía que ir a Santa Fe; y así allí se hubo de poner un padre procurador de las misiones, que se encargase de reducir a plata la yerba y efectos que venían en nombre del pueblo, de pagar el tributo en plata a los oficiales reales, y de comprar los géneros que el pueblo pedía y entregárselo a los indios para que los llevaran de tornavuelta. Más tarde fue

⁴ Carlos LEONHARDT, *ob. cit.*, p. 174.

⁵ Ídem, *ibídem*, p. 199.

⁶ Ídem, *ibídem*, p. 341.

necesario poner otro en Buenos Aires con cargos semejantes, sin que conste de las fechas exactas en que empezaron estos procuradores⁷.

Sobre los padres estancieros, se refiere elocuentemente el padre Gregorio Orozco en la Carta Anua del período 1681-1692 cuando escribe:

Depende tanto de lo temporal, así de este colegio, como de los demás, el bien de tantas almas, que se perdieran sino fuera por los sujetos que en ella se alimentan. Ninguno de los colegios tiene renta que tenga estabilidad, todo depende del trabaxo, y asistencia de alguno de los padres o hermanos que se aplican a cuidar de las haciendas, no sin mucha fatiga, y afán porque como depende el mantenerlas de gente por la maior parte asalariada, que son indios, mestizos, y mulatos, gente sobre manera inconstante, tiene bastante que ofrecer a nuestro Señor. Los que con ellos tratan para mantenerlos en las haciendas.

Agrega:

De aquí es que los sujetos que aplican su solicitud, trabaxo e industria para mantenerlas no sin mucha razón pueden merecer el renombre de insignes benefactores de la Compañía porque el ornato, y culto de los templos, ya el sustento y vestuario de los sugetos, ya lo material de los edificios, y los abios para los dilatadisimos viajes que ay en esta Provincia, y lo que mas es el excesivo gastos que los padres procuradores generales que ban a Roma hazen en conducir sujetos para esta provincia no depende de otra renta que la que se adquiere con sudor del rostro. Este es el fruto principal y la mas segura finca de esta provincia⁸.

En las estancias, había generalmente dos jesuitas. Uno encargado de la parte administrativa o temporal, y otro, de la parte doctrinaria o espiritual. El primero, comúnmente llamado padre estanciero o procurador de estancia, era —según lo ordenado por el padre general— el superior y como tal, debía ser respetado por todos mientras estuviese en ella. En tanto que los capellanes o doctrineros cuidaban del aspecto religioso, no debiendo inmiscuirse en lo temporal, aunque de hecho hubo una total complementariedad de labores.

⁷ Pablo HERNÁNDEZ, S. J., *Organización social de los guaraníes*, Barcelona, 1913, Tomo I, p. 242.

⁸ Biblioteca del Salvador (en adelante BS), *Cartas Anuas 1681-1692*, Estante 11, f. 212.

El oficio, cargo o empleo, de estanciero era desarrollado, generalmente, por los “hermanos coadjutores”, es decir, los que cursaban el noviciado, pero que habían desechado hacer la “Scholastici”, formación que lograban los que luego emprendían los estudios de filosofía y teología y adquirían el grado de “professus” y, más adelante, el de “coadjutores espirituales”. Pues, entonces, el primero, es decir, el coadjutor o hermano laico, era la herramienta de gestión económica⁹. Escribimos, en un trabajo anterior, sobre la biografía de uno de ellos:

Hasta la segunda o tercera década del siglo XVIII los padres estancieros —según comprobamos en los mismos libros de cuentas— eran sacerdotes de ciertas luces o prestigio intelectual, como que en algún momento se desempeñaron como catedráticos e incluso como rectores de colegios. Luego fueron hermanos coadjutores, pero nunca se otorgó la tarea de administrar bienes a seglares, ya que se desconfiaba de ellos¹⁰.

Los padres estancieros tenían como finalidad administrar los establecimientos rurales. Asumían, así, mucha responsabilidad, ya que las estancias constituían el sustento económico de gran parte de las actividades de los jesuitas.

Aparentemente más hábiles en las cuestiones del trabajo, los estancieros “dirigían a los indios asalariados y a los muchos más numerosos esclavos negros que poseían, conduciéndolos a las múltiples actividades que debían desarrollar”¹¹.

Así define al estanciero el padre Joaquín Gracia, S. J., al escribir:

Este por necesidad, reunía en su sola persona muchas actividades; era pues herrero, e instalaba fraguas, fabricando arados y ruedas, clavos, rejas [...] era carpintero empezando desde el corte de los árboles [...] era tejedor y montaba telares en los obrajes, era albañil, pintor, hortelano [...] y a fuerza de paciencia, constancia, y sobre todo con grandísima abnegación —que solo podía nutrir la vocación religiosa— los yermos se trocaron en zona de cultivo, donde alternaban las cosechas, y donde los arroyos, acequias y tomas, nos han

⁹ Germán COLMENARES, *Haciendas de los jesuitas en el Nuevo Reino de Granada siglo XVIII*, TM editores, Universidad del Valle, Banco de la República, Colciencias, Colombia, 1998, p. 11.

¹⁰ Carlos A. PAGE, “Una biografía del P. Martín López escrita por Ladislao Orosz en 1759”, *II Jornadas de Historia de los Pueblos de Paravachasca, Calamuchita y Xanaes*, 19 y 20 de noviembre de 1999, Alta Gracia, 2001, p. 148.

¹¹ Carlos A. PAGE, “La estancia jesuítica de San Ignacio de los Ejercicios. Calamuchita. Córdoba”, Junta Provincial de Historia de Córdoba, N.º 18, Córdoba, 1998.

dejado un testimonio mudo, pero elocuente, de un trabajo cual no se podía esperar de su época¹².

UNA GALERÍA DE PERSONAJES ILUSTRES

Podríamos exhibir una amplia lista de estancieros destacados, siguiendo los obituarios de las Cartas Anuas. Tomaríamos, por ejemplo y para comenzar, al padre Francisco Jiménez¹³. Un documento escrito un año después de su fallecimiento expresa de él:

Fue enviado al Paraguay, a gran provecho de aquellas misiones, desplegando él allí todos sus dotes naturales para adelantarlas. Siendo absolutamente necesario acostumbrar a los indígenas, recién sacadas de las selvas, al trabajo, para que procurasen su sustento, y para que, por la ocupación, no tuviesen tiempo para la maldad, puso él mismo mano a la obra, aunque antes nunca acostumbrado a tales trabajos, y guiándole únicamente su propia inteligencia. Así construyó casas, fabricó carretas para los neófitos, que nunca habían visto semejantes aparatos, labró la tierra con el arado y echó la semilla, para que los indios hiciesen otro tanto. Hasta se hizo domador de caballos, enseñando a ensillar y andar con ellos. Otra vez dirigió un gran rodeo de animales vacunos o cimarrones en frente de una multitud de indios, afuera en los vastos y fértiles campos de pastoreo, a muchas leguas de distancia. Dios bendijo el trabajo, logrando el padre con su comitiva juntar unos veinte mil reses, y conducirlos a las dehesas destinadas para ellas; por lo cual quedó asegurado en adelante el sustento de las reducciones.

Este padre fue trasladado para enseñar teología en Córdoba y murió en Buenos Aires a los 65 años de edad y a los 51 años de la Compañía, el 10 de mayo del 1667¹⁴.

¹² Joaquín GRACIA, S. J., *Los jesuitas en Córdoba*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1940, p. 371.

¹³ Una biografía del padre Jiménez fue incluida en las *Décadas*, del padre Nicolás del Techo. Guillermo FURLONG, S. J., *Ladislao Orosz y su "Nicolás del Techo" (1759)*, Ediciones Teoría, Buenos Aires, 1966, p. 86.

¹⁴ BS, *Cartas Anuas 1668*, Estante 11, f. 166. El padre Storni menciona que nació el 12 de noviembre de 1602 en Villarobledo, que ingresó a la Compañía en 1619 y que llegó a Buenos Aires cuatro años después. Hugo STORNI, S. J., *Catálogo de los jesuitas de la Provincia del Paraguay (cuena del plata) 1585-1768*. Institutum Historicum Societatis Iesu, Roma, 1980, p. 149.

No sólo se procuró comida para los indios, sino también vestido. En las Anuas de 1650 se dice de Yapeyú: "Resultó de la modesta siembra de algodón una cosecha tan abundante, que bastó para hacer de los tejidos de este algodón ropa para tres mil habitantes"¹⁵.

También en Loreto, había abundante algodón, como manifiesta la necrológica (1665) del hermano Antonio Palermo, quien hizo construir su templo: "Hizo labrar la tierra con el arado, para una extensa plantación de algodón, teniendo así el pueblo no sólo comida abundante, sino también materia prima para ropa"¹⁶.

De la reducción vecina de San Ignacio, se dice que a los que lograron escapar de la peste de 1665 "hubo que repartir ropa para cubrirse; a este fin contribuyeron los pueblos vecinos con 4000 varas de paño de algodón". Luego se agrega:

Para prevenirse de estas graves calamidades, se ha comprado, con gran sacrificio, por nuestros padres, una estancia de ganados, por la cual hay esperanza de que ya no habrá estos frecuentes hambres en el pueblo; además se comenzó una gran plantación de algodón, por lo cual los indios se proveerán de ropa¹⁷.

Por otra parte, se decía que para prevenir las borracheras de los indios salvajes, era importante proveer de la "yerba mate" a los indios reducidos. En estos primeros tiempos, se la buscaba todavía en lejanas selvas vírgenes, hasta que entrado el siglo XVIII, cada pueblo tuvo plantado su propio yerbatal. Al respecto, se escribe de los misioneros en la Carta Anua de 1667:

Auméntase el trabajo por su vigilancia sobre las expediciones de los indios a los yerbales, ya muchas veces mencionados, cuyo producto hay que despachar por el río, a las ciudades de los españoles, para poder pagar el tributo de un peso por cada cabeza¹⁸.

¹⁵ BS, *Cartas Anuas 1650-1652*, Estante 11, f. 7.

¹⁶ BS, *Cartas Anuas 1663-1666*, Estante 11, f. 45v.

¹⁷ *Ibidem*, f. 147.

¹⁸ BS, *Cartas Anuas 1667*, Estante 11, f. 162.

Con lo que sobraba, se compraban otros objetos que faltaban en las reducciones, en especial, los destinados al culto. Ésta era ocasión de disgustos con españoles.

Ya vimos, en el caso del padre Jiménez, la importancia que tienen las necrológicas de las Cartas Anuas. De tal forma, podemos seguir rescatando del olvido a otros estancieros que constituyeron un verdadero ejército al servicio de la Compañía de Jesús.

La Carta Anua de 1667 tiene la necrológica del hermano Benito Panis (1583-1667). Era francés, ingresó a la Compañía de Jesús de España como sastre de profesión. Llegó al Paraguay con la expedición del padre procurador Francisco Vázquez Trujillo, en 1621, "por especial encargo del padre general", como dicen las Anuas, las cuales continúan:

Los gloriosos sudores de este hermano, acostumbrado al trabajo, derramados en las misiones y colegios, han contribuido mucho a su prosperidad, como lo experimentó en especial este de Córdoba del Tucumán, cuyo estado material se mejoró grandemente por la industria de este hermano, invertida tanto en las estancias como en casa¹⁹.

El hermano Benito murió en Córdoba a los 84 años de edad.

En la misma Anua, se menciona la muerte de otro destacado estanciero, el padre portugués Juan de Acuña (1612-1667). Ingresó en la Compañía en 1636 y tuvo a su cargo, casi por toda su vida, la administración espiritual de las quintas y estancias, tanto de Córdoba, como de los otros colegios. Murió a la edad de 55 años cuando fue llamado desde su residencia en la estancia de Jesús María para asistir a un moribundo a 14 leguas de su casa²⁰.

En la Anua de 1659 a 1662, se menciona la necrológica del hermano, también portugués, Antonio Bernal (1582-1661), el conocido militar chileno que ingresó a la Compañía y tuvo una participación especial en contra de los "bandeirantes" paulistas. En las misiones:

Fue el primero que allí introdujo la caballada y la ganadería, la cual prosperó, gracias a su industria, en adelante muy maravillosamente, proporcionando a los indios y sus misioneros abundante sustento²¹.

¹⁹ *Ibidem*, f. 158

²⁰ *Ibidem*, f. 159

²¹ BS, *Cartas Anuas 1659-1662*, Estante 11, f. 96.

En efecto, unos años antes, en 1634, el padre general Vitelleschi concedía autorización para fundar una estancia exclusivamente para las reducciones guaraníicas.

Uno de los primeros estancieros de Córdoba fue el hermano Juan Díaz. Lo fue en tiempos difíciles. Las pestes y las enfermedades que asolaron la provincia comenzaron en 1634 y se prolongaron por dos años.

Y la muerte a hazer su oficio llevándose mucha gente, y a veces casas enteras sin perdonar a nadie quiso nuestro Señor coger en cassa la cosecha sasonada de los nuestros, llevándose para si y a mejor vida los que hallo dispuestos y llenos de meritos para darles el premio de sus trabajos.

Del tifus y del sarampión, se agrega:

Comenzaron primero unas recias callenturas, y dolores de cabeza con temblores del cuerpo, que los naturales llamaban chausalongo y después se continuaron unos recios tauardillos, y últimamente un cruel sarampión²².

La peste causó la muerte de españoles, negros e indios de Córdoba y de sus inmediaciones. Además de la gente de servicio fallecieron cuatro jesuitas que se contagiaron mientras trataban de ayudar a los enfermos. Eran el hermano portugués Manuel Sosa, el anciano médico Blas Gutiérrez, el padre napolitano y profesor de la universidad César Gratiano y el estanciero Juan Díaz.

La casa de los jesuitas se había convertido en un verdadero hospital. El primero que murió fue el hermano Juan, quien había nacido en Baeza en 1582, había ingresado a la Compañía en 1607 y había arribado al puerto de Buenos Aires en el verano de 1617²³. Había llegado a Córdoba junto con la expedición del padre Juan de Viana, quien había sido elegido procurador en Europa en 1614. Volvió en el verano de 1617 con muchos extranjeros que castellanizaron sus apellidos para poder ingresar a América, pues no lo podían hacer por disposición real. Entre los compañeros de viaje figuró el mártir Alonso Rodríguez.

²² Carlos LEONHARDT, S. J., *Documentos... Tomo XX Iglesia*, p. 455.

²³ Hugo STORNI, S. J., ob. cit., p. 83.

Señala el provincial Diego de Boroa en la noticia necrológica del hermano Díaz:

... trabajó muchísimo en orden a entablar las chacras, y haciendas con que se pudiesen sustentar los nuestros en este colegio, el qual como no tiene fundación alguna, y todo el sustento y gasto pende del cuidado de los nuestros.

De esta manera, el hermano Díaz se puso al frente de los flamantes emprendimientos que facilitaron el sustento de la educación en Córdoba. Lo hizo con fervor y celo:

Trabajó incansablemente y asistiendo personalmente en las haciendas, y haciendo officio de procurador así del colegio como de la provincia y acudiendo a los demas officios que le ordenaba la obediencia con puntualidad y satisfacción.

El hermano Díaz se ocupó, con suma edificación, del cuidado vigilante, de realizar sus ejercicios espirituales, y se destacó en los días de fiesta y domingos al impartir la doctrina cristiana a la gente de servicio de la estancia. De tal manera que acordó con los superiores "le hiciesen una capilla donde se dixesse missa y se enseñasse la doctrina a la gente de servicio que avia en las haciendas como se hico".

Cuatro meses antes de su muerte, se enteró de su fatal enfermedad y, a partir de entonces, se entregó con devoción a permanecer casi todo el día en la iglesia, visitando el Santísimo, ayudando o escuchando misa. Pues como él decía "quería oír tantas missas como dias avia vivido"²⁴. Al fin el tabardillo, como se llamaba entonces al tifus, enfermedad incorporada por los españoles, que se transmite por medio del piojo y que se había presentado sin mucho rigor, le privó de sus sentidos y le quitó la vida temporal. Falleció el 28 de diciembre de 1636.

Siguió su trágico camino el hermano Gabriel Brito, que había nacido en 1612 en Villarrica, Brasil, y que falleció en Córdoba dos años después que el hermano Díaz. Ingresó en la provincia del Paraguay en 1632. Dice su carta

²⁴ Carlos LEONHARDT, S. J., *Documentos...* Tomo XX Iglesia, pp. 458-460.

necrológica que luego de ser, por breve tiempo, maestro de primeras letras, “en Córdoba se le encargó la administración de la estancia”. Agrega:

En su nuevo oficio le sorprendió el común contagio de viruela que estaba desbastando la región de Córdoba. Se había retirado Gabriel al colegio para hacer sus Ejercicios Espirituales anuales. Los hizo con tal fervor, como si hubiera presentado su cercana muerte. Volvió al campo y allí asistió a los muchos obreros enfermos, atacados por la peste, hasta que la enfermedad lo atacó a él mismo²⁵.

En la estancia de Santa Catalina, también en Córdoba, se presentaron análogas vicisitudes. Para ella se adquirieron, por la época, 25 esclavos, en reemplazo de otros tantos, muertos por causa de la viruela. Pero todos fueron atacados, y su ranchería se convirtió en hospital. Los mismos Padres, con gran humildad y caridad, hicieron de enfermeros. Murió en la misma estancia el hermano coadjutor madrileño Manuel Navarro (1670-1728), quien la había administrado con gran esmero durante 26 años, y esto entre muchas privaciones. Había vivido 40 años en la Compañía y 30 en el Paraguay. Había entrado en la provincia de Toledo en 1688. A su habilidad y a su trabajo, se debía el sustento abundante de los moradores de esta casa. Era muy cumplido en los ejercicios espirituales, aunque a veces estaba abrumado por trabajo. Tenía un corazón muy compasivo con los pobres y afligidos; cuidaba mucho del bienestar de la servidumbre, esmerándose con gran solicitud en corregir sus hábitos. Como supo unir la bondad con la seriedad, sucedió que todos lo amaban y respetaban al mismo tiempo, como convenía a esta clase de gente, a la que no hay que exasperar y, sin embargo, hay que obligar al cumplimiento de sus deberes.

Tan querido fue este hermano que provocó en sus pares profundos lamentos al ver que se moría. Con increíbles señales de dolor, todos acompañaron el cadáver a Córdoba. Estaba muy bien preparado Manuel para su viaje a la eternidad, lo que ocurrió el 6 de mayo de 1728, a los 58 años²⁶.

²⁵ Ernesto MAEDER, *Cartas Anuas de la Provincia del Paraguay 1637-1639*, FECIC, Buenos Aires, 1984, pp. 40 y 41.

²⁶ BS, *Cartas Anuas 1720-1730*, Estante 12, f. 15v.

Otra necrológica de un hermano estanciero se encuentra en la Carta Anua del período 1714-1720. Se llamaba Antonio Martínez (1685-1718) y era oriundo de Salamanca. Habiendo sido enviado a la estancia de Santa Catalina para ayudar a indios y a morenos que estaban siendo diezmados por una terrible epidemia, murió a causa de ésta junto al padre Antonio Torquemada, por entonces rector del convictorio²⁷.

Otro hermano llamado Antonio Martines (1614-1685), aunque portugués de origen, también fue un destacado estanciero. Llegó de niño a Buenos Aires donde ingresó a la Compañía, siendo su maestro de novicios el padre Francisco Vázquez de la Mota, uno de los primeros padres del Paraguay, muerto en 1666. Hasta su avanzada edad, el hermano Antonio se desempeñó como hortelano y estanciero de varios colegios, en cierta ocasión heroicamente llevó sobre sí un falso testimonio, y hasta tuvo que luchar con "tigres". Murió en Santiago del Estero a los 74 años²⁸.

Volviendo a Córdoba y a la heredad donada por Duarte Quirós a fines del siglo XVII, cuenta el Anua del período que un "Hermano cuida de la estancia, donde vive también un Padre, el cual tiene el oficio de párroco de la servidumbre"²⁹. Es preciso consignar que se refiere al capellán de la estancia de esta época, el padre Juan de Montijo (1674-1729), que luego de ingresar a la Compañía en 1691 fue inducido para que viajara al Paraguay por su prima Juana de la Encarnación, conocida en toda España por su fama de santidad y por sus ilustraciones divinas. Arribó a Buenos Aires en la primavera de 1698 en la expedición del procurador Ignacio de Frías. Pasó, seguramente, a Córdoba donde obtuvo el sacerdocio de manos del obispo Mercadillo. Luego, fue destinado a la reducción, de San Esteban de Miraflores, de los indios Lules de cuya conversión se ocupó por espacio de trece años. Las Anuas que dan cuenta de su muerte lo describen así:

Varón de costumbres muy sencillas las cuales no se pueden describir mejor que con las palabras de San Hilario de Poitiers sobre la sencillez infantil, único remedio de nuestro vicio de cuerpo y alma, para poder entrar en el

²⁷ BS, *Cartas Anuas 1714-1729*, Estante 12, f. 335v.

²⁸ BS, *Carta Anua de 1681-1692*, Estante 11.

²⁹ *Ibidem*.

Reino de los cielos. Con su tan ingenua sencillez echó juntar una estima prudencia en su modo de proceder. Guardó la pureza de cuerpo y mente hasta el sepulcro. Era muy respetuoso para con sus superiores, cumpliendo hasta los simples deseos de ellos. Tenía gran cuidado de aprovechar tiempo y ocasión para hacer un bien por la Gloria de Dios y la salvación de las almas, sin que le causara mayor fatiga.

Llegó a ser coadjutor espiritual, murió a los 55 años³⁰.

Finalmente, citaremos a otro hermano estanciero mencionado en las Anuas de 1689-1700. Se llamaba Diego Vidal. Murió en Itapúa en 1699 a los 86 años. Era andaluz y vino en 1636 con el procurador Juan Bautista Ferrufino. Trabajó como hermano estanciero en Jesús María y en Alta Gracia, en Córdoba; en Silipica; en Santiago del Estero; en la estancia de los indios Lules, en Tucumán; en la de San Lorenzo, en el Paraguay, y en la estancia común de los indios guaraníes³¹.

Quizás, el más destacado de todos, mencionado con excepcionales consideraciones por los padres generales en sus cartas a los provinciales, además, incluido en una de las biografías del padre Orosz, fue el padre Martín López, quien administró la estancia de San Ignacio en Córdoba. Importante establecimiento que tenía por objetivo solventar los gastos de la práctica de los Ejercicios Espirituales en la provincia³².

LA CADENA DE MANDO Y SUS INSTRUMENTOS

En la conformación del sistema económico jesuítico, fue muy importante la estructura de gobierno piramidal de donde emanaban instrucciones diversas, que se cumplían con regularidad. Esta relación, indudablemente, fue uno de los más importantes fundamentos para que la empresa económica funcionara. Las cartas de los generales, dirigidas a los provinciales, constituyen la primera lista de la escala de mando. Le siguen los memoriales de los provinciales, que mantuvieron una aún más estrecha comunicación con el resto de los responsables, es decir, con los rectores de colegios, con los estancieros, etcétera.

³⁰ Ibidem.

³¹ BS, *Cartas Anuas 1689-1700*, Estante 11, f. 61.

³² Carlos A. PAGE, "Una biografía...", pp. 147-157.

El padre general estaba al tanto de todo lo que acontecía en cada reducción, en cada colegio y en cada estancia. Para ello, recibía las Cartas Anuas, además de variada correspondencia de los miembros de la orden, y los informes que, personalmente, suministraban los procuradores que viajaban con periodicidad a Europa.

No dejaba, entonces, de hacer periódicas recomendaciones sobre todos los temas, del que no queda excluido el referido a la relación de las estancias con los colegios. De todas formas, quien era responsable de las compras y de las ventas era el provincial, con la anuencia de los consultores ordinarios y *ad graviora*³³.

El padre provincial redactaba, como instrumento de mando, el memorial, que dejaba al padre estanciero luego de alguna visita. Era una serie de instrucciones referidas al mejor funcionamiento de la institución. Los temas son variados, aunque predominan los referidos a las construcciones, a la reparación de goteras, al levantamiento de nuevas habitaciones. También se hace referencia al desbrozamiento de la huerta, al traslado de ganado o de granos al colegio. Otras instrucciones son: recordar llevar bien las cuentas, no vender ni comprar nada sin autorización, no prestar libros. Otras se refieren al buen adoctrinamiento de indios y de negros, al traslado de estancieros y de arquitectos.

De esta manera, sobre la base de la experiencia acumulada y de sucesivas disposiciones de los padres generales o bien de las expresas órdenes transmitidas por los padres provinciales o por los mismos visitantes, se elaboraron instrucciones o reglamentos generales para el funcionamiento de las estancias. También, para las que se encontraban en las misiones. Son ejemplo de ello las "Ordenaciones del padre Diego de Boroa", de 1638; el "Compendio de órdenes de los provinciales Torres, Oñate, Durán, Vázquez Trujillo", las "Órdenes que el provincial Juan Pastor ha puesto en la provincia del Paraguay". Todas ellas se encuentran en el *Archivo di Stato* de Roma. En las misiones, se llevaba un Libro de Órdenes referido:

a la educación de los indios en lo espiritual, político, económico, y militar, y todo él estaba compuesto por fragmentos de cartas de Provinciales o de Superiores de Doctrinas, reprobando algunos abusos, disponiendo algunas prácticas o prohibiendo algunas otras. Cada semana, así el Cura como su

³³ Carlos A. PAGE, "Las estancias jesuíticas en la provincia del Paraguay. Disposiciones para su funcionamiento", *Conferencia en Primeras jornadas el legado jesuítico en Córdoba*, Organizadas por Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba-UNESCO, 22 y 23 de noviembre de 2002.

Compañero, y demás Padres, que hubiese en el pueblo, debían reunirse y leer en alta voz, durante media hora, las órdenes contenidas en este volumen³⁴.

También encontraremos este tipo de instrucciones para las estancias en otras regiones de América. Efectivamente, en 1950, François Chevalier publicó un manuscrito anónimo mejicano³⁵ que hacía referencia a una serie de instrucciones impartidas a los administradores de las estancias jesuíticas de Nueva España. Consideramos que éstas tuvieron muy similar acatamiento, por lo menos en gran parte de sus aspectos generales, tanto en México como en la Argentina. En el extenso documento, que Chevalier estima posterior a 1722 ó 1723, se mencionan unas instrucciones anteriores del padre general Claudio Aquaviva (1581-1615) redactadas para las estancias de la orden. Allí se alude al buen gobierno, tanto en lo referente al culto como a la conducta que debían asumir los trabajadores, a la relación con vecinos y a la mejor manera de utilizar el suelo. El documento incluso cita anteriores instrucciones, hoy perdidas, dictadas por el padre provincial Ambrosio Odón para los ingenios azucareros del Colegio Máximo de México a fines del siglo XVII.

Estas instrucciones no dejan de tener especial similitud con las de un jesuita portugués, publicadas en Lisboa, en 1711, sobre la ganadería y sobre la fabricación de azúcar en el Brasil. También pueden ser comparables con las instrucciones del Perú, que publica Pablo Macera.

Para la provincia del Paraguay, vamos a encontrar las instrucciones del padre Andrés de Rada, consideradas por Furlong como "la carta magna de los estancieros"³⁶, y las de Antonio Garriga³⁷, referidas, sobre todo, a las

³⁴ Guillermo FURLONG, S. J., *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Posadas, 1978, p. 266.

³⁵ François CHEVALIER, "Prólogo" y "Notas" a *Instrucciones a los hermanos Jesuitas Administradores de Haciendas (Manuscrito Mexicano del siglo XVIII)*, Universidad Autónoma de México, Instituto de Historia, México, 1950.

³⁶ Guillermo FURLONG, S. J., *Historia del Colegio de la Inmaculada de la ciudad de Santa Fe y sus relaciones culturales, espirituales y sociales 1610-1962*, Tomo I (1610-1861), Edición de la sociedad de ex alumnos - filial Buenos Aires, 1962, pp. 384 a 389. Éstas son transcriptas también por Nicholas P. CUSHNER, *Jesuit Ranches and the Agrarian Development of Colonial Argentina, 1650-1767*, State University of New York Press, Albany, 1983.

³⁷ El documento titulado "*Resoluciones de algunas dudas sobre algunos contratos conforme al parecer de los mas de los padres misioneros del Collegio de Cordova de esta provincia del Tucuman*" se encuentra en la Biblioteca de Salamanca (Residencia Jesuitica de San Antonio) y se cita parcialmente en el apéndice documental del libro de CUSHNER.

prohibiciones en el comercio. Finalmente, también podríamos agregar los consejos que el padre Antonio Sepp dejaba a los novicios en 1732, un año antes de su muerte.

En medio de las dos instrucciones, la de Rada y la de Garriga, y durante el provincialato del padre Lauro Núñez (1692-1695), se copiaron en un solo texto varios preceptos de diversos antecesores a fin de que no se descuidara su particular acatamiento. Son las órdenes de los padres provinciales Agustín de Aragón (1669-1672), Cristóbal Gómez (1672-1676), escritas en diciembre de 1673 después de asesorarse con sus consultores; las de Diego Francisco Altamirano (1677-1681), en carta del 7 de noviembre de 1679 y confirmada por el general Pablo Oliva dos años después, y las de Tomás Donvidas (1685-1689) que acata lo mandado por el general Tirso González³⁸.

Las órdenes del padre Rada, compuestas por 21 artículos o apartados, mantuvieron su vigencia durante casi cien años. Dio cuenta de esta afirmación el padre provincial José de Barrera, cuando visitó la estancia de Alta Gracia en diciembre de 1753. Expresa que las instrucciones del padre Rada debían leerse una vez por mes: "su observancia encargo en esta ocasión como muy importante para el buen regimen de nuestras estancias"³⁹.

Toda la actividad económica debía ser cuidadosamente registrada en libros contables. Así lo señalan las Ordenaciones del padre Andrés de Rada de 1663 en un extenso articulado dirigido a los padres estancieros:

Para que conste del util de la hacienda, el que cuida de ella, ha de tener el libro, que dejó encargado el Padre Rector con la división necesaria, para que haya la claridad que conviene⁴⁰.

De tal modo que los padres estancieros debían llevar: un libro dividido en dos partes, en una debían anotar las entradas, y en otra, las salidas; otro libro de caja, también dividido en dos partes; otro, de las siembras y cosechas de cada año; otro, de asiento de trabajadores o "conchabados", donde anotaban el nombre, las fechas en que trabajaron y el salario; otro, de inventario general de la hacienda; otro, de índice de mercedes y títulos de tierras; otro,

³⁸ Carlos PAGE, "Las estancias jesuíticas...".

³⁹ Museo Histórico Nacional Casa del Virrey Liniers. *Libro de la estancia de Alta Gracia. 2da parte Lo que la estancia remite al Colegio y lo que en ella se gasta*, f. 237.

⁴⁰ Guillermo FURLONG S. J., *Historia del Colegio de la Inmaculada de la ciudad de Santa Fe. Tomo 1 (1610-1861)*, Ed. Soc. de ex alumnos filial Buenos Aires, 1962, p. 398.

donde se asentaban los deudores y los acreedores, y otro, donde se juntaban todo tipo de papeles sueltos, como recibos, vales, e incluso los memoriales de los superiores. Estos libros no debían ser mostrados a ninguna autoridad del gobierno que eventualmente llegara para inspeccionar, y debían remitirlos a la Procuraduría general de provincia.

Los libros de cuentas de las estancias no fueron pensados para contabilizar las ganancias o las pérdidas de la estancia, sino que en ellos se asentaban los artículos que el colegio enviaba a la estancia y los que la estancia enviaba al colegio, funcionando, así, como un sistema económico.

Como afirma Cushner, los métodos contables usados por colegios y cualquier otra empresa jesuita del Tucumán seguían estrictamente los mismos procedimientos empleados en el Perú y en Quito⁴¹. Estos métodos también se aplicaron en las estancias jesuíticas de México, tal como lo consigna François Chevalier en el prólogo a las instrucciones dejadas para las haciendas de México⁴². Incluso, en el reciente libro de Carbonell de Masy, un capítulo entero dedicado a la contabilidad de las misiones de indios guaraníes coincide con el método⁴³. De tal manera que también en las misiones y desde la congregación provincial de 1637, se deja establecido que “todo se escriba en un libro aparte de entradas y salidas con su cuenta y razón para que siempre conste y lo vea el Superior y el Provincial cuando visitan”⁴⁴.

La necesidad de llevar adelante una administración contable de las estancias nos exime de comentario ante la magnitud de semejantes empresas. Tener un sistema de información sobre las posesiones del colegio requería un cuidadoso manejo financiero, de coordinación y a veces de cooperación. Para ello los inventarios o las estadísticas, las entradas y salidas, debían anotarse en forma precisa para asegurar que las decisiones económicas fueran correctas. Todas estas actividades eran realizadas por los padres estancieros.

⁴¹ Nicholas P. CUSHNER, *Jesuit...*, p. 114.

⁴² François CHEVALIER, “Prólogo” a las *Instrucciones...*

⁴³ Rafael CARBONELL DE MASY, S. J., *Estrategias de desarrollo rural en los pueblos guaraníes (1609-1767)*, Monografías. Economía Quinto Centenario, ICI, España, 1992, pp. 233 a 266.

⁴⁴ Ídem, *ibidem*, p. 233.

OTRAS ACTIVIDADES DE LOS PADRES

Finalmente, es preciso consignar el ministerio de las misiones rurales, que asiduamente practicaban desde los primeros días. Testimonio de ello nos dejó el padre Torres en la primera Carta Anua de 1610. Allí manifestaba que, además de contar que las hacía él mismo, junto con el padre chileno Martín Alonso Aranda Valdivia, se realizaban a pie no apartándose mucho de los puestos y en grupos de dos padres, quienes sólo contaban con “sus fresadillas que llevaban en una pobre cabalgadura con el ornamento”⁴⁵.

Fueron sumamente significativas las salidas apostólicas de los hijos de San Ignacio. Las realizaban durante las vacaciones y, ocasionalmente, en otra fecha del año. Las hacían porque eran conscientes de que los párrocos no podían atender como debían la creciente población rural. Juntaban un grupo de personas y, durante todo el día, les leían el catecismo y les oficiaban una misa, bautizaban a los nacidos el último año y, eventualmente, bendecían los matrimonios. La tarea de los misioneros no se limitaba a lo pastoral, también ayudaban en las labores del campo o trataban de solucionar problemas domésticos⁴⁶. A veces, eran realizadas por los padres profesores de teología e incluso por los mismos superiores. Tenían un éxito importante; según cuenta el provincial Simón de Ojeda en las Anuas de 1658-1660, en una sola salida, hubo 1340 confesiones⁴⁷.

Para fines del siglo XVII, el diagnóstico que hacían los jesuitas para los alrededores de Córdoba era que contaba con un gran número de estancias:

Los más de los españoles viven en ellas casi todo el año con toda su familia y los que más ordinariamente transitan en las ciudades tienen en las estancias la gente de su servicio, como son negros, indios, mulatos, y a veces algunos mestizos para la guarda y cultivo de sus haciendas. Lo mas ordinario de esta gente es no oír misa en todo el año, sino es los que estan cerca de la ciudad, o de alguna capilla o ermita, donde se celebra⁴⁸.

⁴⁵ Carlos LEONHARDT, S. J., *Documentos... Tomo XIX*, p. 8.

⁴⁶ Gabriela Alejandra PEÑA, *La evangelización de indios, negros y gente de castas en Córdoba del Tucumán durante la dominación española (1573-1810)*, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Católica de Córdoba, 1997, pp. 291 y 292.

⁴⁷ BS, *Cartas Anuas 1658-1660*, Estante 11, f. 71.

⁴⁸ BS, *Cartas Anuas 1689-1700*, Estante 11, f. 12.

En la Anua que escribe Lozano y firma el provincial Jaime de Aguilar en 1735, se señala:

Salen nuestros padres cada año dos o tres veces, muy difíciles, por tupidas selvas, empinadas montañas, escarpadas rocas, sirviéndose ahora de una carreta agreste, o de un jumento, o andando a pie, cada vez por unas 200 leguas (u 80 millas itálicas), hasta volver a casa. Dura dos o tres meses cada una de estas misiones rurales, y por todo este tiempo carecen de las comodidades del colegio en lo referente a manutención y alojamiento, viviendo en cada lugar, donde se detienen, bajo el toldo de campaña, único abrigo durante las molestias de viaje. Hay que añadir a todo esto el inminente asalto de los indios infieles, los cuales infestan hoy día con sus invasiones toda la provincia del Tucumán, y son enemigos jurados del nombre cristiano⁴⁹.

De esta manera, los padres estancieros participaron en estos ministerios en muchas ocasiones. Eran los que dirigían el bienestar espiritual y material de los obreros (indios, en las estancias de las misiones y esclavos africanos, en las de los colegios) y extendieron su actividad como capellanes campestres para los habitantes dispersos de la comarca. Así, por ejemplo, en la Carta Anua del período 1628-1632 de la estancia de Santiago del Estero, se expresa:

En Quimilpa, que es una hacienda nuestra, 30 lenguas distante de la ciudad ha estado ordinariamente el padre Antonio Macero con un hermano que la tiene a su cargo, y como está en continua misión, porque toda la gente de aquella comarca, que es muy necesitada, acudía a él aunque tuviere a mano su cura, y se han impedido muchas borracheras y otros pecados públicos. Salía también a confesar los enfermos distante de 6 y 8 leguas⁵⁰.

También, de la estancia del colegio de Asunción, se dice:

A los indios de fuera del pueblo se les ha acudido con algunas misiones, y a ellos y a los españoles que viven lo más del año en el campo, con una continua misión en la heredad o chacra del colegio, a donde va un padre cada 15 días, y se llena la iglesia que es muy capaz de gente⁵¹.

⁴⁹ BS, *Cartas Anuas 1730-1735*, Estante 12, f. 1 y 1v.

⁵⁰ Carlos LEONHARDT S. J., *Documentos... Tomo XX*, p. 392.

⁵¹ Ídem, *ibídem*, p. 429.

Son numerosas las descripciones de estas misiones, prácticamente, no faltan en ninguna Anua. Por ejemplo, en la de 1650-1652, escrita por el padre Juan Pastor, se dice:

Esta la región de Córdoba llena de quintas campestres, hasta una distancia de ocho, diez, veinte y más leguas; las más de las veces pobladas con las familias de la ciudad, y siempre con numerosa servidumbre y con negros. Así es, que nuestros Padres estancieros son llamados muchísimas veces afuera para ejercer los ministerios acostumbrados de la Compañía.

Más adelante, da un ejemplo:

Mencionaré solo unos pocos casos interesantes, para que se tenga una idea de esta clase de trabajos. Fue llamado un día el Padre estanciero, para confesar a un enfermo. Al volver, por una rara casualidad y seguramente por especial disposición de Dios, perdió el camino, encontrando al fin a un español, el cual le avisó de su equivocación, preguntándole como había venido acá. Contesto el Padre: Viniendo de una confesión. Entonces aquel individuo fue tocado por la gracia de Dios, y lleno de dolor y arrepentimiento, pregunto al Padre: Si sería capaz a oír en confesión también a él. Como no! dijo el Padre, y continuo aquel: Pero son muchas mis barbaridades. Como me puede dar la absolución? La daré, dijo el Padre, si te confiesas bien. Después de progresados algunos pasos, comenzó a llorar el hombre y, apeándose los dos, echose el hombre a los pies del sacerdote, confiándole los secretos del corazón, y, sacando al viejo Adán, fue trocado en hijo de Dios. Pues, si el Padre no hubiese perdido el camino, aquel individuo hubiera seguido en sus malos pasos; por lo cual se puede decir bien al caso: "No hay mal que por bien no venga"⁵².

En la Carta Anua de 1681-1692, hay un capítulo entero dedicado a las "Misiones pertenecientes a los colegios por las caserías o estancias de españoles, y pueblos de indios cristianos". También, en la Anua de 1689-1700, se explicita las "Misiones por las estancias y pueblos de españoles y indios cristianos, seguido de Misiones en las estancias de Córdoba", en un extenso capítulo descriptivo de las vicisitudes del ministerio.

En conclusión, las estancias jesuíticas, esos importantes monumentos de arquitectura colonial de los que quedan pocos en pie, guardan entre sus

⁵² BS, *Cartas Anuas 1650-1652*, Estante 10, f. 12v. y 13.

muros una serie de significados intangibles a los sentidos y constituyen auténticos testimonios de valores humanos, pues no sólo son obras magníficas, sino que, fundamentalmente, fueron levantadas por un grupo de hombres que no se amilanaron ante la adversidad de su tiempo.

Los padres y los hermanos estancieros fueron piezas de un engranaje fundamental que permitió a la Compañía de Jesús el desarrollo de un proyecto evangelizador cuyos resultados constituyen hoy una de las páginas más significativas de la historia de la humanidad.

RESUMEN

El trabajo intenta rescatar una serie de personajes que fueron motores fundamentales en el desarrollo económico de la Compañía de Jesús en su provincia del Paraguay. A muchos de los hermanos coadjutores de la Orden se les encomendó la administración de sus bienes, lo que permitió un desarrollo económico que les permitió no sólo sustentarse a sí mismos y sustentar a los indios reducidos en sus pueblos, sino también, y con los remanentes, solventar sus ministerios y, sobre todo, una empresa educativa que se extendió desde la universidad a cada uno de sus diez colegios menores y seis residencias. Todas estas casas fueron sostenidas por más de medio centenar de estancias ubicadas estratégicamente en torno a ellas. Cada una fue administrada con pericia y eficiencia, con ello y a lo largo de una continua y destacable labor, se pudo alcanzar un indiscutible estado económico, el más importante de la región. Interés que se dirigió a profundizar la educación y la evangelización como lo había previsto Ignacio de Loyola.

Palabras clave

Jesuitas, estancias jesuíticas, padres estancieros, reducciones jesuíticas, administración colonial.

ABSTRACT

The work tries to rescue a series of personages who were motor fundamental in the economic development of the Company of Jesus in their province of Paraguay. Many of the coassistant brothers of the Order had the

administration of its goods entrusted itself, allowing an economic development that it not only made possible to sustain itself and also the Indians reduced in his towns, but also and with the surpluses to resolve its ministries and mainly an educative company that extended from the university to each one of their ten smaller schools and six residences. All these houses were maintained by more than half hundred of stays located strategically around them. Each one was administered with skill and efficiency, allowing with it and throughout a continuous and remarkable work, to reach the unquestionable more importante economic state of the region. Interest that went to deepen the education and the evangelization since it had anticipated it Ignacio de Loyola.

Keywords

Jesuit, Jesuit ranches, parents farmers, jesuíticas reductions, colonial administration.

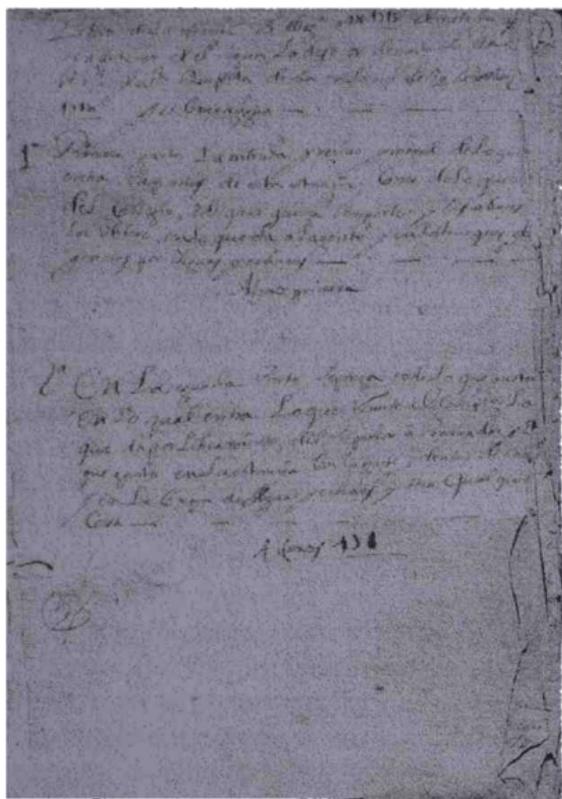
P. MARTINUS LOPEZ
ARRAGONIUS HACENSIS.



...terro anno dici sum obit Patet Martinus Lopez. eo po-
tissimum nomine inter Illustres Paraquarie Virgo commo-
morandus, quod potiorens aetatis partem in tradendis Li-
gustii facis commentationibus exegerit. Ob raram
agendi cum Viris primis facilitatem, exiit a provin-
ciae, ad faciendae fundamenta domicilii Societatis, quod circa Xnau-
jensis summa voluntatum consensione meditabatur, cum obstitit diffi-
cultatibus negotium sui: hoc traheretur, ac tandem spei edificii evane-
sceret, in urbem S. Jacobi (vulgo S. Yago del Eslero nominatam) Super-
riorum jussu discedit, ut loci illius cives Iguazuis commentationibus pro-
veteri more, institutisque Societatis excoleret. Annotis Asturna pa-
trentis, quae huic unum generis intulerat, impedimentis, utilissimam
revocandae, firmandaeque pietatis Christianae opus aggressus, incredibile
illud, quam varios, quam uberes fructus in ea promissa hominum mul-
titudine fecerit.

Illud gravi multorum poenitentia, et subita morum, ac vitae muta-
tione satis, superque declaratum est. Unum torquebat Patris Lopez
animum, quod Praetor provinciae, hoc admittendum parvum, publicum
que pietatis, primis diebus nullo fere loco habuerit, infra dignitatem
reputans, sua praesentia occurrentis populi agmen augere. Officis &
charitate Lopez i suaviter expugnatus, oracula veritatis Evangelicae, so-
data mente audit, expenditque; tum saluberrima meditatione vegeta-
tus.

Página del libro de Ladislao Orosz, que inicia la
biografía del Hermano Martín López



Portada del libro de cuentas de la estancia de Alta Gracia comenzado a confeccionar en 1718